

Repertorios de movilización: el caso de la CNTE

Armando Cisneros Sosa*

Una larga experiencia de lucha y movilización de izquierda la han convertido en uno de los protagonistas más significativos de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, toda esa fuerza arrastra con prácticas que limitan y bloquean el crecimiento político de la CNTE en el nuevo sistema político mexicano. Un repertorio de movilización anacrónico estaría entre los elementos más discutibles del movimiento. Pareciera un gigante con pies de plomo.

En la teoría de movilización de recursos, las acciones constituyen el cuerpo de los movimientos sociales. Más que grupos o asociaciones, los movimientos sociales son acciones, de la misma forma que la música está constituida por una serie de notas musicales. La objetividad de la teoría nos conduce así a advertir la importancia de la acción y de lo que podríamos llamar sus expresiones de conjunto (los ritmos y melodías), los repertorios de movilización. Sin embargo, aun asumiendo la objetividad de la teoría, es claro que no resulta factible hacer una crítica de los movimientos sociales bajo el único principio de la centralidad de la acción, como componente y explicación del carácter de la movi-

lización. Esta dificultad para dar cauce a la crítica, a partir de los objetivos genéricos que señala la misma teoría, puede verse, por ejemplo, retomando la definición de movimiento social que Charles Tilly (1995: 18) apunta: “Un movimiento social consiste en un reto ininterrumpido, librado contra los que detentan el poder a nombre de una población desfavorecida”.

Tenemos entonces un esquema de la acción con tres componentes objetivos (desfavorecidos, reto, poderosos) que se define en términos muy generales, abstractos incluso, pero que no nos permite valorar las acciones concretas más allá del éxito o fracaso que derivan de la fuerza o potencial de cada movimiento. Más aún, los recursos básicos que definen el potencial de acción en esta teoría son unidad, magnitud, determinación y mérito (visto como “decoro y sufrimiento”). Y podríamos agregar muchos otros,

dependiendo de las estrategias políticas y de las condiciones culturales de cada movimiento. Sin embargo, tampoco a partir de una descripción de los recursos aplicados por un movimiento tenemos la posibilidad de una crítica política.

Para un análisis crítico de los movimientos sociales en tanto conjuntos de acciones de impacto social, es necesario recurrir a una perspectiva que permita la objetivación de las acciones en los terrenos de la práctica política de las sociedades contemporáneas. Las tesis que nos parecen más adecuadas para enmarcar este tipo de análisis son las de John Rawls. En su definición de desobediencia civil señala:

La desobediencia civil es un acto público. No sólo se dirige a principios públicos, sino que se comete en público [...] Podemos compararle a un discurso público

* Doctor en Estudios Urbanos por la UAM; Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, División de Ciencias Sociales y Humanidades, de la UAM-Azcapotzalco.

[...] Por esta razón, entre otras, la desobediencia civil no es violenta. La participación en actos violentos que probablemente causarían heridas y daños es incompatible con la desobediencia civil como medio de reclamación. Cualquier violación a las libertades civiles de los demás tiende a oscurecer la calidad de desobediencia civil del propio acto (1993: 334).

Así, en términos de una teoría democrática de la justicia, las acciones de los movimientos sociales no se justifican por sí mismas, como si sólo habláramos de una determinada correlación de fuerzas. Las acciones se justifican en términos de principios a debate y del sentido de los medios, principalmente por su relación con los derechos civiles de la sociedad en su conjunto; en particular, por el derecho a la regulación justa, no violenta, de los intereses particulares. En una sociedad democrática, además, las acciones de los movimientos sociales, en tanto se “cometen” en los espacios públicos, tienen amplia resonancia social y resultan elementos básicos para la construcción de la opinión pública. Las acciones de los movimientos sociales quedan así suscritas a una opinión pública que, como diría Alexander, constituye el impredecible “mar en el cual nadamos, la estructura que nos da el sentimiento de la vida democrática” (2006: 75).

Los movimientos sociales, en consecuencia, pasan inevitablemente por el tamiz de una crítica, constituida por una ciudadanía que puede pregonar mil banderas diferentes pero que, especialmente, refleja las reacciones de un “mundo vital” complejo. Por otro lado, en el esquema del marxismo ortodoxo, los movimientos sociales sólo tenían sentido en cuanto representaban los intereses de una clase que se confrontaba con otra clase que, por lo demás, tenía a su disposición los medios de comunicación y el mismo aparato del Estado. Sólo las acciones de fuerza del “poder popular” podrían inclinar las acciones del Estado a favor de las clases oprimidas. El escenario de esa lucha era una especie de arena de reacciones mecánicas, en la que eventualmente el resto de los sujetos sociales se sumaba a uno u otro polo de la lucha. La revolución tenía como objetivo la “conquista y destrucción del poder coercitivo estatal” (Habermas, 1999: 153). En esa perspectiva, nada semejante a una opinión pública legítimamente crítica, que evalúa y toma posición frente a los actos públicos, está presente. Podríamos llamar, sólo como medio de contraste, “viejas” a las acciones de movimiento social de organizaciones que actúan bajos principios en los cuales una opinión pública inerte (devaluada incluso) tendría que aceptar acriticamente, o por lo menos con resignación, cualquier

situación generada en la arena pública. Hablamos así de una tradición para la cual la opinión pública pareciera funcionar sólo a partir de “contradicciones de clase” que chocan en el vacío, y no a partir de acciones producidas en espacios vitales en los que se desarrolla la complejidad de la vida cotidiana, con puntos de vista politizados de mil maneras diferentes. Por otra parte, podríamos llamar “nuevos” a los repertorios de movilización que, en tanto conjuntos de acciones públicas, son generados por grupos que parten del reconocimiento de la preponderancia del juicio de la opinión pública dentro de un esquema de Estado social, democrático de derecho.

A partir de esta definición y clasificación preliminar de los repertorios de movilización, en este trabajo trataré de presentar los límites de las acciones colectivas realizadas en 2013, especialmente en la ciudad de México, por los profesores agrupados en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). Para ello, buscaré trazar algunos rasgos que pueden ayudar a definir el complejo carácter de la opinión pública en la ciudad de México y registraré las acciones realizadas por la CNTE y las argumentaciones formales del movimiento para, finalmente, intentar una crítica política.

La ciudad y los actores colectivos

Las acciones que realizó la CNTE en 2013 tuvieron un escenario muy amplio. Podemos decir que, considerando las ciudades en las que hubo manifestaciones públicas y la resonancia que tuvieron en los medios, alcanzaron el grado de nacionales. Sin embargo, el espacio central en el que se desarrollaron los acontecimientos fue la ciudad de México, el área que concentra a las instituciones políticas, la economía, los medios de comunicación y una buena parte de la población del país. Este acotamiento espacial de las acciones de protesta representa, como lo demuestra Davis (1998), más que una mera ubicación geográfica, una exposición cultural y política. Las interacciones del movimiento con el Estado y con el resto de la sociedad, con la ciudad, están permeadas por las formas de organización institucional, por la dinámica de la economía, por la aglomeración poblacional y por múltiples aspectos de carácter multicultural.

Lo que llamamos vida social de la gran ciudad podría entenderse, siguiendo la tradición fenomenológica, como un enorme mundo vital, un gigantesco entramado de experiencias cotidianas sobre un espacio común. Hablamos de multitudes (20 millones) navegando entre las edificaciones, vehículos y residuos de espacios naturales. Masas humanas

transportándose apretujadas en los vagones del metro, en autobuses, cientos de miles en automóviles, otro tanto de vendedores ambulantes, cifras millonarias de actividades domésticas, laborales, educativas, comerciales, productivas, improductivas, culturales, de salud, deportivas. El aeropuerto, enclavado en el interior de la ciudad, es utilizado anualmente por millones de personas para llegar de o salir hacia el resto del mundo. El Zócalo es el lugar típico de confluencia de una cultura y una vida política, centro de protestas pero también de actividades religiosas, festivas, colectivas de mil maneras. En ese espacio el gobierno organiza espectáculos gratuitos, siempre masivos, de música popular, en los cuales la gente grita, salta, baila y canta. “La plaza se convierte literalmente en una tribuna de escenificación social” (Wildner, 2004: 257). En todo caso la ciudad de México es, como lo relataba magistralmente Carlos Monsiváis, un “apocalipstick”, un hábitat sin límites, una megalópolis, “un tsunami de ofertas y [de] las enormes dificultades para aprovecharlas [...] un comedero omnipresente, [...] bebedero sin reposo, [...] danza del subempleo alrededor de los semáforos, [...] frotadero de almas en el vagón del Metro [...] el anhelo de un cuarto propio [...] la unidad sin reservas a la hora de la Selección Nacional de fútbol [...] la incursión amedrentada en la vida nocturna” (Monsiváis, 2011: 22).

La megalópolis es también una especie de gran torre de Babel que permanentemente se comunica e informa, vía *gadgets*, produciendo cifras multimillonarias de mensajes locales e internacionales, manteniendo una viva y cambiante opinión pública sobre lo que acontece en lo público y lo privado. Como resultado, todo lo público queda mediado de inmediato por las sensaciones y percepciones de lo privado. En consecuencia, la percepción de lo público genera día con día una cierta politización o simple valoración privada que eventualmente regresa al entorno de lo público, bajo cualquier forma de aglomeración.

La ciudad ha votado por el PRD en los últimos 15 o 20 años, estrictamente desde que fue posible, para la conformación del gobierno de la entidad, para los correspondientes a la gran mayoría de los gobiernos delegacionales y para la Asamblea Legislativa. En consecuencia, tenemos ahora un gobierno relativamente democrático y progresista. Pero eso no significa que todos los habitantes de la ciudad sean de izquierda y estén de acuerdo con todo tipo de movilización pública. Francisco Cruces recoge, por ejemplo, la opinión de un automovilista sobre las marchas: “El límite de su derecho a manifestarse es mi derecho a pasar la calle. ¿Que quieren marchar? Pues que marchen por la banqueta, yo los dejo. ¿Se vienen con un botecito para que colabores,

después de haberte tenido hora y media en el tráfico!” (Cruces, 1998: 33).

Tenemos entonces una opinión pública estructurada por la relación entre lo privado y las movilizaciones públicas, de las cuales la tolerancia tiene como límite las simpatías personales, combinadas con el tiempo perdido para la circulación de vehículos y personas. Algunos han hablado, incluso, de la necesidad de regular las marchas. No podríamos tampoco decir, sin embargo, que toda crítica a una marcha nace de una posición política conservadora o de derecha. En todo caso, la ciudad de México se nos presenta como escenario de una sociedad compleja, que no acepta en forma pasiva todo lo que sucede en su entorno. Toda movilización implica un procesamiento individual y colectivo frente a una ideología y una vida cotidiana. La población de la ciudad puede volcarse masivamente en apoyo de alguna manifestación o cuestionarla acremente, ignorarla o aplaudirla con displicencia. Todo depende del efecto que ha tenido el movimiento y sus acciones (su repertorio) en el procesamiento interno de la opinión.

Un ejemplo del ejercicio de nuevos repertorios de movilización se produjo el domingo 11 de marzo de 2001. En esa ocasión, 200 mil personas llenaron el Zócalo para ver y escuchar a los dirigentes del EZLN que culminaban una marcha triunfal desde Chiapas hasta la ciudad de México, “La Marcha del Color de la Tierra”. El Subcomandante Marcos diría: “México: no venimos a decirte qué hacer, ni a guiarte a ningún lado. Venimos a pedirte humildemente, respetuosamente que nos ayudes” (Muñoz, 2003).

Al terminar el discurso del Subcomandante Marcos todo mundo se retiró del Zócalo. Poco después, cuando el EZLN dejó la ciudad para regresar a la selva Lacandona, el Subcomandante Marcos daría otro discurso, para decir con un dejo de humildad: “gracias México, gracias chavo, ama de casa, maestro [...]”. La marcha de los zapatistas y los sucesivos mítines que organizaron en la ciudad de México tendrían, por esas y otras razones, una importantísima resonancia local y mundial. Así, el EZLN agregaba un nuevo mérito en su ya larga carrera de acciones colectivas, las cuales, más que simples acciones de protesta, constituyeron verdaderos eventos políticos.

Otro movimiento innovador sería el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por Javier Sicilia. El 8 de mayo de 2011, arribó al Zócalo la primera gran marcha de este movimiento, con unos 10 mil activistas y simpatizantes. En el Zócalo se mostraron fotografías de víctimas de la violencia, se leyeron decenas de testimonios de las familias afectadas, se soltaron globos blancos y se

hizo un pacto entre diferentes grupos para realizar una movilización más amplia. Después partirían en caravana hacia Ciudad Juárez y, en Chihuahua, en la banqueta, frente al edificio del gobierno del estado, colocarían una placa de alto simbolismo, la placa en honor de Maricela Escobedo, una de las víctimas más significativas de la violencia. El movimiento tendría alta resonancia y generaría una amplia solidaridad en la ciudad de México, en todo el país y en muchas partes del mundo.

Todo indica que la dinámica de la opinión pública en la ciudad de México no es de un apoyo o rechazo automático a las movilizaciones. Más que preferencias y fobias urbanas, lo que explica las diferentes respuestas ciudadanas son las formas del diálogo con las instituciones y con la sociedad; en todo caso, las interacciones, señales y símbolos que prevalecen y dan forma a la relación entre la ciudadanía y los movimientos sociales.

Estrategias

El detonador de las acciones magisteriales de protesta, centradas en la ciudad de México, fue la reforma educativa promovida por el presidente Peña Nieto, a partir de los primeros días de su gobierno. A iniciativa presidencial, el Congreso aprobó, en diciembre de 2012, una nueva reforma en materia de educación que implicaba, principalmente, la aplicación de un nuevo sistema de evaluación para los docentes. Poco después, el 26 de febrero de 2013, dos noticias consolidaron políticamente la reforma: la publicación de las reformas en el *Diario Oficial* y la detención de Elba Esther Gordillo, la líder magisterial, acusada de corrupción. Por último, el 11 de septiembre del mismo año se publicaría una ley secundaria, la *Ley del Servicio Profesional Docente*, para institucionalizar el nuevo sistema de evaluación.

Frente a la situación del cambio institucional establecido por la reforma, especialmente por sus potenciales efectos laborales, los maestros de la CNTE parecían tener una oportunidad excepcional para profundizar las tareas históricas que se habían impuesto desde su fundación, en 1979. Podrían, con buenos augurios, impulsar la democratización del sistema sindical (cooptado por el SNTE), el mejoramiento efectivo de la educación y la salvaguarda de los derechos laborales de los maestros. Una posición laboral de intensa cercanía social, una larga experiencia de lucha de izquierda y una fuerza militante concentrada en varios estados, entre los cuales destacaban Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Michoacán, Durango, Veracruz, Distrito Federal y Estado de México, implicaban la organización, a partir de los

centros de trabajo, de varios cientos de miles de docentes con posibilidades de movilización política en un ámbito prácticamente nacional. Consejos de lucha (por escuela o zona) y comités seccionales (regionales o estatales) permitirían una movilización amplia y relativamente organizada, contando con relativos recursos sindicales, especialmente para las campañas de la ciudad de México. Un momento de “auge” del movimiento estaba a la puerta.

¿Cuáles fueron los objetivos concretos del movimiento de la CNTE durante 2013? Revertir la reforma educativa del nuevo gobierno, en particular las modificaciones a los artículos 3 y 73 constitucionales, algo verdaderamente cuesta arriba. Otro objetivo, más general y de carácter histórico, ha estado en el basamento de las acciones de la Coordinadora: derrotar y desplazar al “charrismo” (visto como sindicalismo institucional), el cual se encuentra al frente del SNTE desde los tiempos de Robles Martínez (1949-1952). ¿Cuáles han sido las estrategias generales de lucha que ha ensayado? Las asambleas, en primer término, más un proceso de movilización-negociación-movilización, es decir, un proceso de intenso activismo político, con algunos reflujos pero prácticamente permanente. Las campañas de 1989, cuando fue destituido el líder de Vanguardia Revolucionaria, Carlos Jongitud Barrios, dando paso al liderazgo de Elba Esther Gordillo, forman parte de esa historia.

El tipo de acciones realizadas por el movimiento, el repertorio de movilización puesto en práctica, corresponde a la estrategia clásica de una izquierda no democrática. En un folleto de 1981 (“Cómo combatir al charrismo”, firmado por el Frente Magisterial Independiente Nacional, integrante de la CNTE), circulando entre los maestros en 2013, se especifican algunas de las acciones típicas del movimiento, por ejemplo:

[El plantón] es una forma concreta de presión a las autoridades [...] La presión es dada: primero, por la exhibición de su protesta ante los ojos del pueblo; segundo, por la ocupación de las vías públicas, lo que ocasione molestias; y tercero, en la simpatía y solidaridad popular que tales acciones generan (mayores entre más tiempo duren) (Fernández, 1981: 16).

Igualmente, en documentos electrónicos recientes de la CNTE pueden advertirse otras de las acciones practicadas y su justificación: “Toma permanente de televisoras [...] que golpeen la lucha de la CNTE” y “considerando que el enemigo principal es el imperialismo”, “toma de casetas, vías de comunicación empresas transnacionales y dependencias gubernamentales” (CNTE, 2012: 13).

Hablamos, por tanto, de estrategias que significan virtuales afectaciones a la ciudadanía, las cuales resultan una especie de mal necesario. La población, con una vocación de sacrificio que resulta implícita, tiene que comprender el fin supremo de los medios utilizados. La educación pública o la democracia sindical justifican los paros, marchas, plantones y bloqueos, todo lo cual puede realizarse de manera “prolongada, ininterrumpida y por etapas”. Sólo así, con acciones “contundentes”, se podrá “arrancar” al gobierno respuestas a las diferentes demandas magisteriales. Todos “deben” sumarse, aceptar los avatares de la lucha. Incluso los medios de comunicación deben apoyar el movimiento, reconocer la justicia de sus causas. Pero si “golpean” al CNTE, es decir, lo critican, también serán objeto de mítines o bloqueos, por lo que se supone que los medios de comunicación tendrían que ceder ante la presión y, una vez bloqueadas sus instalaciones, se verían obligados a hablar bien del movimiento. Así, tal pareciera que el movimiento es una especie de profesor autoritario, que conoce el fin supremo de la educación y que castiga a sus alumnos si éstos lo critican. Todos los demás, padres de familia, sociedad en general, medios de comunicación, gobierno, deben aceptar sus procedimientos. El fin justifica los medios.

La percepción que la CNTE parece tener de la opinión pública se asemeja, en todo caso, a la de una opinión que surge de un conjunto social pasivo y simple, meramente receptivo de los mensajes de los medios masivos. El movimiento, buscando impactar a su favor a la opinión pública, puede además golpear al enemigo principal, el símbolo más despreciable del sistema, “el imperialismo”, encarnado en las dependencias gubernamentales (incluidos los congresos), la bolsa de valores, las grandes cadenas comerciales y las casetas de pago de las carreteras. Los medios informativos del propio movimiento habrán de impulsar tales estrategias y, eventualmente, revertir la avalancha de críticas a sus acciones.

Entre los recursos del propio movimiento pueden contarse las alianzas, que para el caso de las movilizaciones de 2013 en la ciudad de México se produjeron principalmente con el Frente Popular Francisco Villa (FPFV), la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ) y el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME). Apoyo en las marchas y víveres pudieron recibirse durante las acciones. Adicionalmente, un recurso contextual, como estructura de oportunidad política, estaría en el gobierno de la ciudad, un gobierno de izquierda democrática, nacido de luchas y movilizaciones históricas, eventualmente no inclinado a reprimir al movimiento magisterial. Así, considerando los intereses de la CNTE, la situación parecía idónea. Todo se prestaba para avanzar considerablemente en el cumplimiento de sus metas. Una fuerza magisterial cuantitativa y cualitativa, un gobierno de la ciudad no amenazante, una

ciudadanía parcialmente simpatizante y una mayoría pasiva y, eventualmente, educable se encontraban a la vista. Era factible frenar la reforma educativa y “arrancarle” al gobierno federal diversos beneficios para el magisterio.

Las acciones

En los primeros meses de 2013, la CNTE se declaró en “alerta máxima” y comenzaron a realizarse marchas de protesta contra la reforma educativa en diferentes estados de la República, principalmente en Oaxaca, Michoacán, Durango y Guerrero, incluyendo en este último caso la toma de la autopista a Acapulco. Paralelamente, diversos contingentes de diferentes estados llegaron a la ciudad de México. El jueves 4 de abril, unos 10 mil profesores realizaron una marcha del Zócalo a la Secretaría de Gobernación, donde tuvieron una primera negociación con el gobierno federal. Pero las acciones más intensas comenzaron en una fecha combativa, el 1° de mayo, el Día del Trabajo. Ese día los maestros de la CNTE, con un contingente numeroso, marcharon junto con el sindicalismo independiente, en particular con la Unión Nacional de Trabajadores, el Frente Sindical Mexicano, el Sindicato Mexicano de Electricistas, varios sindicatos universitarios y otras organizaciones, como la UPREZ y la Unión de Pobladores Tierra y Libertad. A partir de esa fecha unos mil profesores, llegados de diferentes estados, acamparon en la plaza Manuel Tolsá, en el Centro Histórico. El miércoles 8 de mayo se trasladaron al Zócalo. Los primeros en llegar fueron los profesores de Oaxaca (sección 22) y Michoacán (sección 18). El plantón de los profesores en el Zócalo requirió una negociación con el gobierno de la ciudad, pues la instalación de carpas y casas de campaña impediría la realización de los eventos programados por las autoridades, uno de ellos, la celebración del día de las madres. Para esa fecha estaba previsto un concierto de Miguel Bosé.

Con una posición holgadamente democrática, el gobierno de la ciudad permitió el plantón del Zócalo, convertido en el centro de operaciones del movimiento durante poco más de cuatro meses. Todo ello con una modalidad operativa: los maestros participantes en el plantón no serían siempre los mismos. La larga duración del movimiento exigía el relevo de diferentes contingentes. Cientos o miles de maestros de Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Veracruz llegarían en su momento en sustitución de otros, quienes regresaban en camiones a sus lugares de origen, evidentemente agotados por las marchas y el ejercicio de la vida cotidiana en el campamento. Dormir en el suelo, preparar y consumir alimentos en las carpas, el aseo personal, todo resultaba de un alto costo físico y anímico, además de lo cual había que realizar las tareas políticas.

La proximidad del 15 de septiembre hizo que el plantón del Zócalo comenzara a convertirse en un tema de debate

cada vez más tenso. No podían realizarse en el mismo lugar, al mismo tiempo, el plantón y las fiestas patrias, incluyendo la verbena popular, el Grito y el desfile militar. El tema trascendía el nivel del gobierno de la ciudad. Era un tema político que tenía que ver con una de las tradiciones más relevantes de la ciudad y del país. Los maestros fueron presionados para salir del Zócalo, especialmente por las autoridades federales. La respuesta fue la esperada: se negaron a salir. Finalmente, el 13 de septiembre, un contingente de la Policía Federal, con el apoyo de helicópteros, desalojó en dos horas y media el campamento de la CNTE. Los maestros se instalaron a partir de entonces en la Plaza de la República, primero de manera extensa, ocupando casi toda la plaza, y luego, bajo las presiones de los comerciantes de la zona, de los medios de comunicación y de las autoridades de la ciudad, de manera restringida. El nuevo plantón recibió algunos servicios del gobierno de la ciudad, particularmente sanitarios públicos y limpieza. No obstante, la imagen del plantón ha distado de ser una especie de bastión de la protesta magisterial. El retomado tránsito de la vida urbana, en particular alrededor de la Plaza de la República, coloca al plantón magisterial en una posición de deterioro político.

Las marchas y bloqueos de avenidas fueron las acciones más controvertidas para la población de la ciudad, sujeta a recurrentes embotellamientos de tránsito. El 28 de mayo de 2013 hubo una marcha de unos 5 mil maestros, apoyados por la UPREZ, del Ángel de la Independencia a Gobernación. El 11 de septiembre hubo una doble marcha hacia Los Pinos, con cientos de maestros cerrando el Paseo de la Reforma y el Circuito Interior. En esa ocasión hubo conatos de violencia y un malestar ciudadano generalizado. Pero de todos los bloqueos de calles, los que más desataron la protesta ciudadana y la mayor crítica de los medios de comunicación fueron los efectuados en el Circuito Interior, a la altura del aeropuerto internacional. En tres ocasiones la imagen difundida en la televisión fue la de cientos de maestros apostados en la avenida, policías frente a ellos, vehículos paralizados y decenas de pasajeros jalando sus maletas por las calles para llegar o salir del aeropuerto.

Los bloqueos a las puertas de edificios públicos y privados también fueron controvertidos. Para los miembros de la Coordinadora, los edificios, una especie de símbolos del mal, deberían ser bloqueados para presionar a las autoridades federales. Hubo movilizaciones, las más frente a la Secretaría de Gobernación, pero también en las cámaras de Diputados y Senadores, en la Bolsa de Valores, en la embajada de Estados Unidos. Incluso uno de los bloqueos al edificio del Palacio Legislativo de San Lázaro, el 21 de agosto, obligó a trasladar la sesión al Centro Banamex, en Periférico norte. En general, todos los bloqueos tuvieron, frente a la opinión pública, el efecto contrario al esperado, una marcada antipatía al movimiento magisterial, la cual

iba creciendo conforme se sumaban las acciones semana tras semana.

Los bloqueos a las principales televisoras, Televisa y TV Azteca, también fueron políticamente fallidos. En este caso el objetivo fue “golpear” a medios de comunicación muy influyentes en el ánimo popular, los cuales, para muchos, son una nociva fuente de alienación. Sin embargo, la estrategia de buscar acciones de “contundencia” a partir de la presión del bloqueo, produjo, en lugar de opiniones favorables al movimiento, descalificaciones abiertamente hostiles. El 16 de mayo, los maestros bloquearon la avenida Chapultepec, frente a las instalaciones de Televisa Centro, “para revertir la campaña de desprestigio contra el magisterio”. El 24 de mayo, nuevamente frente a Televisa. El 23 de octubre otros plantones frente a Televisa y TV Azteca. El resultado: las televisoras, victimizadas por el movimiento, no cambiaron sus opiniones y lo único que se reprodujo fue un ambiente más desfavorable para la CNTE.

La acción más cuestionada del movimiento magisterial, incluso por el periódico *La Jornada*, el cual normalmente expresa opiniones favorables a los movimientos sociales, fue el bloqueo a la tienda Walmart en Buenavista, el 24 de octubre. Ese día, a partir de las diez de la mañana y hasta cerca de las cuatro de la tarde, las personas que estaban comprando sus víveres y los que querían entrar a la tienda se encontraron con las puertas obstruidas. Los maestros de la Coordinadora pusieron sillas, cuerdas, mantas y carritos de compras en las entradas del supermercado. El argumento magisterial fue: Walmart es uno de los mayores “beneficiarios [...] del Tratado de Libre Comercio”. En cambio, para las personas que no podían entrar de compras hubo disgusto. Un elemento central de su mundo de vida estaba siendo afectado. El cuestionamiento de algunos se expresó de la siguiente forma: “¿Qué ganan con bloquear Walmart?” El efecto generado fue, nuevamente, opuesto a las intenciones magisteriales: la lección de lucha frontal contra el imperialismo no se produjo. Por el contrario, hubo un acre rechazo popular al movimiento. Un síntoma negativo de la generalización de ese rechazo fue el apedreo que recibieron los maestros en una marcha a la Cámara de Diputados, el 17 de octubre, al pasar por el barrio de Tepito. Por fortuna, los maestros no respondieron esa agresión y, pese a que hubo descalabrados, la tensión no pasó a mayores.

Dos encuestas realizadas por los periódicos *El Universal* y *Excélsior* muestran el efecto negativo que tuvo el movimiento magisterial en la opinión pública de ciudad de México. Según la encuesta de *El Universal*, levantada los días 9 y 10 de enero de 2014 (publicada el 13 de enero), 78% opinó que los maestros deberían levantar el plantón de la Plaza de la República, mientras 19% opinó que debería continuar. En la encuesta de *Excélsior*, hecha el 24 de septiembre de 2013, 89% opinó que no se justifica que los maestros

realizaran bloqueos en calles y avenidas del Distrito Federal para lograr la satisfacción de sus demandas, mientras que sólo 9% lo aprobó. Puede verse, entonces, que el movimiento magisterial realizó acciones a contracorriente de la opinión pública, algo que, en la perspectiva de la CNTE, tendría que haber sido lo opuesto. En consecuencia, pese a la considerable energía y recursos que desplegaron los maestros por las calles de la ciudad, es evidente que no se produjo el apoyo o la simpatía social. Tal vez, como resultado de las negociaciones que se dieron con los funcionarios de la Secretaría de Gobernación, de la Secretaría de Educación Pública y aun con los gobernadores, los maestros de la CNTE lograron algunas reivindicaciones menores en el nivel estatal, pero el avance claro del movimiento hacia sus metas históricas (aumentar significativamente su fuerza en el SNTE) y específicas (revertir los cambios constitucionales en materia educativa) carecieron del soporte de una opinión pública favorable, elemento indispensable para el mejor desarrollo del movimiento.

Consideraciones finales

Las acciones de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación en 2013 pueden revisarse como una intervención en el campo de lo político, en el cual es factible una crítica. La CNTE, si hemos entendido bien su proyecto, aspira a la dirigencia del SNTE (en forma democrática) y a tener un peso específico en el complejo proceso de la educación básica y de la transformación de las instituciones nacionales. Es decir, aspira a ser un actor fundamental de la política mexicana. Podríamos agregar que se trata de un proyecto ambicioso pero, en todo caso, legítimo en términos políticos. Además, la CNTE cuenta con recursos para impulsar un proyecto de tales dimensiones. El poder que concentra en varios estados de la República más la influencia diversa que tiene en grupos de maestros del resto del país, organizados en su campo de trabajo, convierten a la Coordinadora en un interlocutor de peso frente a las autoridades educativas y el gobierno en general. Una larga experiencia de lucha y movilización de izquierda la han convertido en uno de los protagonistas más significativos de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, toda esa fuerza arrastra con prácticas que limitan y bloquean el crecimiento político de la CNTE en el nuevo sistema político mexicano. Un repertorio de movilización anacrónico estaría entre los elementos más discutibles del movimiento. Pareciera un gigante con pies de plomo.

Las acciones realizadas durante 2013 por la Coordinadora en la ciudad de México repitieron el viejo esquema de la demostración de fuerza para presionar a los contendientes, en especial al gobierno federal, que emprendió una reforma educativa sancionada favorablemente por el

Congreso. En la primavera de 2013, la CNTE tenía frente a sí una reforma sancionada institucionalmente (con las reformas a los artículos 3 y 73 de la Constitución) y un gobierno entrante sin serias raspaduras políticas. El proyecto de echar atrás las reformas era complicado, no imposible, y eventualmente se podrían ganar, como se ganaron, algunos puntos menores en la gestión educativa en los estados. Contando con su relativa fuerza, lo que más podía contribuir a inclinar la balanza a favor de la Coordinadora era la opinión pública, especialmente en la ciudad de México, el escenario natural de las movilizaciones nacionales, con 20 millones de habitantes. Pero la lectura de la opinión pública de la megalópolis hecha por los actuales dirigentes de la Coordinadora correspondía más a los folletos de 1981 que a las condiciones sociales, culturales y políticas de 2013.

Una de las nuevas tareas que podía haber ejercido la CNTE en sus movilizaciones pudo ser la de mantener una clara sensibilidad a la complejidad de la ciudad, especialmente al mundo vital de las familias, padres de familia y ciudadanos en general. Además, en el mismo sentido, impulsar su lucha como una construcción de lo razonable (Rawls, 1993). En el momento en que comienzan a llegar los primeros contingentes de maestros, hacia el 1° de mayo de 2013, ya hay una historia de nuevos movimientos sociales fabricantes de opinión pública con alto impacto social. Los ejemplos que aquí hemos destacado son “La Marcha del Color de la Tierra” (Muñoz, 2003), producida artesanalmente por el EZLN, y el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, con la caravana de septiembre de 2011. Evidentemente, no se trata de movimientos burgueses ni nada que se les parezca. Corresponden a movimientos de izquierda duros, inflexibles incluso, pero plenamente sensibles a las formas culturales en que se desarrolla la vida social de la ciudad de México y del país. La construcción política que lograron fue políticamente razonable y de una resonancia internacional.

Por su parte, las acciones de la Coordinadora durante 2013, ancladas por un repertorio de movilizaciones “viejo”, constituyeron un enorme desperdicio de energías colectivas y recursos. Marchar por las principales avenidas en horas hábiles, asentarse de fijo en el Zócalo o la Plaza de la República (como si existiera el temor de no poder regresar), bloquear espacios estratégicos para el mundo de vida de las personas, como el aeropuerto o las tiendas departamentales, representaron, sistemáticamente, acciones de confrontación con la opinión pública. Los medios de comunicación, independientemente de las filias o fobias que pueden tener hacia los movimientos, al dar la información, presentaron a la población datos para descalificar las acciones de la Coordinadora; incluso los mismos bloqueos a

las cadenas televisivas contribuyeron a la “desobjetivación” de la noticia.

Los resultados tan desoladores que tuvo el movimiento de la Coordinadora a la luz, por ejemplo, de las encuestas periodísticas demuestran que la estrategia fue equivocada. Es claro que las sucesivas acciones producidas en la ciudad de México construyeron una animadversión generalizada hacia el movimiento y constituyeron, políticamente, un lastre para avanzar en sus proyectos. Todo ello a pesar del ánimo potencialmente favorable de los padres de familia hacia los maestros y de la actuación tolerante del gobierno de la ciudad.

El caso de las movilizaciones de la CNTE durante 2013 nos puede dejar varias lecciones sociológicas:

1. En las sociedades urbanas modernas o posmodernas los movimientos sociales tienen una resonancia favorable o desfavorable, en términos de la construcción de opinión pública, dependiendo del grado en que las acciones del movimiento afectan el mundo vital de la sociedad. En tal sentido las acciones de violencia son las que primero resultan descalificadas.
2. Las acciones de los movimientos sociales tienen una resonancia favorable o desfavorable con relativa autonomía de lo expuesto por los medios de comunicación. Los mensajes de los medios pueden ser recibidos y procesados por los ciudadanos en sentidos diferentes a los que originalmente pudieron haber sido enviados. Así, cuando un funcionario dice “no va a subir la gasolina”, la lectura de los ciudadanos puede ser “va a subir la gasolina”. En consecuencia, tomar a los medios de comunicación como uno de los enemigos de clase puede ser desgastante y contraproducente. Lo más importante, en todo caso, es la opinión pública por sí misma.
3. Tomar como campos de batalla permanentes los espacios públicos de la ciudad es confrontarse con los usuarios de esos espacios, aun cuando éstos tengan un grado de vocación política. El Zócalo de la ciudad de México constituye un ejemplo de espacio de interés general.
4. La opinión pública no es algo adscrito, preestablecido a los sectores sociales. Es algo que se construye mediante un proceso complejo. Depende tanto de factores muy personales, psicológicos incluso, como de factores muy generales, históricos. Una proclama x no va a tener la aceptación automática de la sociedad por el hecho de ser “noble”, “loable”, “políticamente importante”. La

proclama será aceptable en tanto sea socialmente “razonable”; es decir, tendrá que ser asumida como necesaria por la sociedad y, para ello, el tipo de acciones de los movimientos sociales pueden resultar cruciales. Una noble causa puede ser descalificada socialmente por el tipo de acciones que se realizan, y otra causa, quizá no tan trascendental, puede ser aceptada si las acciones que la promueven son igualmente “razonables”.

5. Los nuevos movimientos sociales no pueden actuar en el escenario social aspirando a tener influencia en la constitución del Estado, al margen de mecanismos democráticos internos y externos, al menos en una sociedad democrática o en avanzado proceso de democratización. Tales mecanismos son validados por sus bases y por el conjunto de la sociedad, a la que, se supone, se dirige el movimiento. El éxito del movimiento ya no dependerá plenamente de la “fuerza” muscular demostrada en los espacios públicos. La magnitud y unidad del movimiento serán importantes. Pero, sobre todo, la capacidad para demostrar lo “razonable”, que puede ser incluso “lo urgente”, de un proyecto político, de frente a la sociedad y las instituciones, es crucial. Ya no se trata de marchar por marchar. El qué, quién, cómo, cuándo y dónde, las viejas lecciones de la retórica, resultan vigentes.

Referencias

- Alexander, J. (2006). *The Civil Sphere*. Oxford: Oxford University Press.
- CNTE (2012). Resolutivos del XI Congreso Nacional Ordinario, Morelia. 14, 15 y 16 de diciembre. Recuperado de <http://secretariageneral.blgoo.com.mx/media/users/25/1279774/files/390459/RESOLUTIVOS_XI_CONGRESO_CNTE.pdf>.
- Davis, D. (1998). “El poder y la distancia”. En *Anuario de Espacios Urbanos*. México: UAM-Azcapotzalco.
- Fernández, R. (1981). “Cómo combatir al charrismo en el SNT”. Folleto fotocopiado.
- Habermas, J. (1999). *Más allá del Estado nacional*. México: FCE.
- Monsiváis, C. (2011). *Apocalipstick*. México: Debolsillo.
- Muñoz, G. (2003). *EZLN: 20 y 10 el fuego y la palabra*. México: La Jornada.
- Rawls, J. (1993). *Teoría de la justicia*. México: FCE.
- Tilly, C. (1995). “Los movimientos sociales como actuaciones históricamente específicas de actuaciones políticas”, *Sociológica* 28(mayo-agosto).
- Wildner, K. (2004). *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli?* México: UAM.